

# Prehistoria

## ¿QUIEN INVENTO EL TRABAJO?

En relación con las razones que impulsaron al hombre a abandonar el paraíso terrestre, un arqueólogo presenta una teoría que da al traste con todas las ideas recibidas.

**GERARD BONNOT**

**L**O tenían todo para ser felices. Gacelas, asnos y toros salvajes, en la estepa. Cabras, en la montaña. Jabalíes, conejos, patos, en los bosques que bordean el Eufrates. Peces y moluscos de agua dulce, en el río. Y abundancia de cereales silvestres... Jamás, desde que el hombre moderno apareció sobre la Tierra, volvió a conocer semejante variedad ni una abundancia tal.

Feliz época por la cual seguimos sintiendo una profunda nostalgia. Era el paraíso terrestre, que la Biblia sitúa justamente en la confluencia del Eufrates y el Tigris. Un jardín en el que no hacía falta siquiera sembrar para recoger, ni criar los animales para comer carne.

Entonces, ¿por qué lo abandonaron? ¿Qué es lo que los llevó a dedicarse al trabajo, a ganarse el pan con el sudor de su frente? De todos los grandes enigmas de la Historia, es, sin duda, el más desconcertante. Y no hay quizá otro tan actual, en un momento en que la sociedad industrial y el culto del trabajo son puestas en tela de juicio.

La explicación clásica es que no les quedó más remedio. Llegó un momento en que se volvieron tan numerosos que, para alimentarse, se vieron obligados a cultivar la tierra, a cuidar de sus ganados. Para facilitar la ejecución de las tareas a las que se veían obligados, fueron perfeccionando sus herramientas, pasando de la piedra tallada a la pulida. Para cocer la sopa inventaron la alfarería. Y como tenían ya un patrimonio que administrar y defender, dejaron de vagar de cueva en cueva, de abrigo en abrigo, para instalarse en poblaciones permanentes. Es la llamada revolución neolítica, ilustración espectacular de la tesis fundamental de Marx, según la cual las relaciones de producción determinan las formas de organización de la sociedad.

"Por desgracia, nada, en el terreno de los hechos, ha confirmado esa teoría", afirma Jacques Cauvin, colaborador del Centro de Investigaciones de Ecología Humana y de Prehistoria del CNRS francés. Cauvin pasó varios años en compañía de su mujer hurgando entre los res-

tos arqueológicos de una de esas aldeas del Próximo Oriente, donde hoy se sabe que comenzó la revolución neolítica, al menos por lo que se refiere al Viejo Mundo. Fue en Mureibet, en Siria, a cien metros de una gasolinera. Sumergida, hoy, en las aguas de un pantano.

De esas expediciones se ha traído planos y arcas enteras de materiales, cuyo inventario todavía no han realizado los especialistas. Pero, a base de juntar todos los documentos recogidos por él y otros equipos franceses, americanos, ingleses, polacos e israelíes en dife-

rentes localidades de la región, Cauvin cree poder ofrecernos por lo menos un esbozo de lo que fue realmente aquel hito decisivo de la Historia humana. A ello se dedica en un libro que acaba de publicar la Universidad de Lyon-II en torno a los primeros pueblos de Siria-Palestina (1).

Porque todo comenzó por ahí: por la construcción de aldeas. Los hombres construyeron casas antes de cultivar los campos y dedicarse a la cría del ganado. "No hay que apresurarse al hablar de sedentarización —escribe Cauvin—. La

mayoría de las veces, los cazadores del final de Paleolítico eran ya sedentarios a su manera, anclados a su territorio de caza. De modo inverso, tampoco es seguro que las primeras aldeas hayan sido habitadas con carácter permanente. Había que abandonarla periódicamente para partir en expedición en busca de caza".

### Palestina: país de cucaña

Lo cierto es que en el décimo milenio antes de Cristo, los habitantes de Palestina, que vivían de la caza y la recolección, empezaron a salir de sus cuevas. Prudentemente. Primero se instalaron en el umbral mismo de esas cuevas, terreno que dispusieron en terrazas escalonadas. Poco a poco se fueron aventurando a instalarse en el campo raso. Cavaban hoyos circulares, aunque poco profundos, y recubrían cuidadosamente el fondo de arcilla. Luego plantaban alrededor postes de madera, que coronaban seguramente con un techo de caña. Eran como chozas; en aquella época aún no se sabía levantar auténticas paredes.

¿Por qué esa mudanza? "Sencillamente, creo que porque las grutas les resultan incómodas por estrechas —responde Jacques Cauvin—. En ellas no podían vivir más de una veintena de personas, incluidas las mujeres, los ancianos y los niños. A medida que el grupo crecía no le quedaba otro remedio que ir en busca de otro territorio y un nuevo abrigo. Después, para evitar los peligros de la consanguinidad, sin duda procedían a intercambios rituales, entre unos grupos y otros, de muchachas núbiles. Recientemente fueron descubiertas, en la selva de Filipinas, ciertas tribus que seguían viviendo así".

"Por el contrario, en una aldea puede encontrar alojamiento tanta gente como se desee. Así tenían la posibilidad de permanecer juntos, mantener la cohesión del grupo cuando éste comenzaba a tomar importancia".

Entre los milenios XX y XV, los cazadores del Périgord desarrollaron en torno al reno una civilización



Cacería de ciervos, pintura rupestre de la cueva de los Caballos de Valltorta (Albócer, provincia de Castellón).

(1) "Les Premiers Villages de Syrie-Palestine, du IX<sup>e</sup> au VII<sup>e</sup> millénaire avant Jésus-Christ". Lyon.





Pintura rupestre en Cogul, Lérida. Detalle central: danza fálica, mágico-religiosa, probablemente un rito de fecundidad.

cuyos vestigios siguen provocando nuestra admiración. Sin embargo, cuando el clima se caldea y los renos desaparecieron, no fueron capaces de inventar nuevas técnicas para conseguir los alimentos que comenzaban a escasear. Se contentaron con vegetar. El final del Paleolítico, en la Europa Occidental, es un período de decadencia. Por el contrario, ese mismo calentamiento climático hizo de Palestina, a partir del siglo XII, un auténtico país de cucaña. Con su vientre lleno y el espíritu tranquilo, el hombre estaba disponible para nuevas aventuras. Así, pues, el hombre empezó construyendo aldeas. ¿Y después? A decir verdad, y si nos atenemos sólo a los testimonios de la arqueología, después no pasó nada. O casi nada. "Tienen razón quienes hablan de revolución a propósito del Neolítico —escribe Cauvin—, porque se trata, efectivamente, de una transformación global que afectó a todos los aspectos materiales, sociales, culturales de la vida de los hombres. Pero no hay que concebir esa revolución como un vuelco repentino y catastrófico. Se trata de un proceso de larguísima duración, que se extendió a lo largo de cuatro milenios: desde el décimo hasta el sexto milenio antes de Cristo".

## De la gacela al toro

Mureibet, la aldea donde Cauvin realizó sus excavaciones, permaneció ocupada sin interrupción duran-

te dos mil años. Al principio, sus habitantes vivían casi como sus antepasados, los cazadores de las cuevas del monte Carmelo. Al final de ese período, hacia el año 6500 a. de C., se transformaron en campesinos. Aún no practicaban la cría de ganado, pero ello se debía, sin duda, a una razón técnica. En efecto, los primeros animales domesticados en aquella zona fueron la cabra y el carnero, a los que había que seguir en sus periplos. Entonces se produjo una primera división del trabajo entre los agricultores, definitivamente sedentarios, y los pastores, que inauguraron una nueva forma de vida nómada.

La agricultura aparece en Mureibet durante el octavo milenio. Lo demuestra la repentina concentración de los pólenes de cereales y la presencia de malas hierbas. Pero no cambió apenas el utillaje. Los habitantes de Mureibet conocían desde el principio la azuela de piedra tallada. Desde hacía tiempo dominaban el arte del pulimentar la piedra. Lo aplicaban a la fabricación de una especie de largos bastones, que debían de ser amuletos porque nunca fueron utilizados como herramientas. El hacha de piedra pulida, cuando la adoptan, no constituye realmente para ellos lo que suele llamarse un invento. La alfarería, siempre la ignoraron. Sin embargo, sabían cocer la arcilla. Como la piedra pulimentada al principio, la cerámica, técnica de vanguardia, estaba reservada a la vida religiosa.

Entonces, una vez más, como no tenían aparentemente ni deseos ni

necesidades, ¿por qué darse el trabajo de plantar cereales que crecían solos? ¿Por qué transformar su modo de vida? Se ha demostrado que por aquella época abandonan casi completamente la pesca. Antes, cazaban todo tipo de animales, con una preferencia marcada por las gacelas. A partir de ese momento se especializan en la caza del toro salvaje, que supone más carne, pero que también cuesta más trabajo matar.

"Lo que cambió fue la naturaleza misma de la sociedad —responde Jacques Cauvin— frente a la explicación tradicional.

"Preguntad a cualquier maestro de escuela, a cualquier animador de un club de vacaciones. Le dirán que un grupo de cien personas o más, efectivo real de las primeras aldeas, no se comporta como un grupo de veinte. Se manifiestan ciertas rivalidades, nacen conflictos. Hay que imponer un mínimo de organización, crear una jerarquía. Y cuando ésta existe, encontrarle un objetivo. La agricultura no es una respuesta del hombre a las exigencias del medio, sino a sus propios problemas. Sin quererlo, los cazadores de Palestina, instalándose en las aldeas, desencadenaron un mecanismo irreversible, cuyas consecuencias les escapaban".

La arqueología sigue el desarrollo de esas sociedades sobre el terreno. Los constructores aprenden gradualmente a construir tapias, muros de piedras unidas por el mortero, de ladrillos sin cocer. Comienzan sobre todo a plantearse proble-

mas de arquitectura. Nos parece natural, porque hoy sabemos qué es una familia, y una casa, y que cada casa fue habitada, desde el comienzo, por una familia. Pero el estudio de las aldeas del África contemporánea demuestra que ese no era forzosamente el caso. Bastante tarde aparecen, en las casas circulares de Mureibet, los tabiques. Todavía en una época posterior, cuando los aldeanos practican ya la agricultura, la casa adopta la forma rectangular. A partir de entonces es posible agrandarla, añadirle nuevas habitaciones a medida que crece el grupo familiar.

## Cráneos exhumados

Como cuenta la Biblia, es el fin de la inocencia, de la libertad para el individuo de obrar según su imaginación. Hasta entonces, el hombre había sido un animal de presa como los demás. Sólo se interesaba por los animales de los que dependía su subsistencia. Resulta significativo comprobar que las representaciones de los cazadores de Palestina, por las que podemos hacernos una idea de su cultura y su vida religiosa, se centran en los animales.

Con la agricultura aparecen la representación del hombre y el culto de los antepasados. No el del antepasado más o menos mítico del clan, como es habitual entre los pueblos cazadores, sino el culto del padre o el abuelo reales, el que desbrozó el campo y formó el primer rebaño. Tras la inhumación se reabrieron las tumbas, y los cráneos, exhumados, fueron sometidos a un remodelado a base de arcilla para darles la apariencia de vida antes de su exposición.

Los biólogos saben que el hombre es un animal social. Correspondería a los arqueólogos y a los prehistoriadores el mostrarnos que es sólo mediante la sociedad, y gracias a ella, como ha podido tomar conciencia de ese poder, de su existencia individual. De ahí que, después de haber probado la embriaguez prometeica, le esté definitivamente vedado el regreso al paraíso terrestre. Ya no puede olvidar que es el único responsable de su propio futuro. ■ © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO 1980.